

# Santidad en la escuela de Don Bosco

ALDO GIRAUDO

Para entender la idea de santidad de Don Bosco, no podemos dejar de referirnos a un episodio que narró en la Vida de Domingo Savio.

Un joven, recién llegado a la comunidad de Valdocco, estaba viendo en el recreo los juegos de sus compañeros. Era Camilo Gavio, tenía una mirada frágil, una cara pálida, una mirada seria. Sufría problemas cardíacos y se encontraba convaleciente. Domingo, atento, se le acercó, comenzó a hablarle, le preguntó el motivo de su melancolía. "He tenido una enfermedad de palpitaciones, respondió, lo que me llevó al borde de la tumba, y ahora no me he curado todavía". "Deseas curarte, ¿no es así?", preguntó Domingo. "No tanto, deseo hacer la voluntad de Dios". Fue una declaración inesperada que reveló a Domingo la madurez espiritual de su compañero, por lo que continuó diciéndole: "Quien quiera hacer la voluntad de Dios, desea santificarse a sí mismo [cf. 1Ts 4,3]; ¿Por lo tanto tienes la voluntad de hacerte santo?". "Esta voluntad es grande en mí [...]; Pero no sé lo que tengo que hacer ". "Te lo diré en pocas palabras", respondió Domingo: "Has de saber que aquí hacemos consistir la santidad en estar siempre muy alegres" (Vidas, 84).

Cuando mencionamos este episodio, generalmente nos detenemos aquí. Nos gusta esta hermosa y significativa afirmación, esta alegre acentuación de la santidad salesiana, y creemos que es suficiente por sí sola para expresar el tipo de perfección cristiana promovida por Don Bosco. Olvidamos que el discurso de Domingo continuó, sugiriendo un programa de santidad muy articulado y exigente:

"Solo trataremos de evitar el pecado, como un gran enemigo que roba la gracia de Dios y la paz de corazón; trataremos de cumplir nuestros deberes exactamente, y de frecuentar las prácticas de piedad. Comienza hoy a escribirte como un recordatorio: *Servite Domino in laetitia, sirvamos al Señor con santa alegría*" (Vidas, 84).

En estas expresiones hemos condensado toda la enseñanza espiritual de Don Bosco. De hecho, estaba convencido de que "ser muy feliz" era el fruto de la gracia divina que inunda y moldea el corazón y la mente de quienes deciden poner a Dios en el centro de sus vidas, en el don radical del yo, animado por la caridad, por lo que no solo se preocupa por evitar todos los pecados, sino que está atento y activo para discernir y cumplir siempre la voluntad divina y también en el cumplimiento amoroso de todos sus deberes diarios, aquellos que son específicos del estado de vida de cada uno. Estos deberes los realiza con la solicitud, la precisión y la amabilidad que se derivan de un verdadero desprendimiento del corazón del "mundo", de sus propios intereses, para entregarse

libremente a Dios y a sus hermanos, siempre disponibles y felices de hacer. "lo que agrada a Dios" (como diría San Francisco de Sales), para servirlo con amor y alegría espiritual. Solo aquellos que son regenerados y unidos internamente por la caridad pueden servir in laetitia, como la Virgen María - "Aquí estoy, soy el siervo del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38) y como Cristo, quien se dio a sí mismo para la salvación de la humanidad - "He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad" (Hebreos 10,7). La entrega a Dios, fuente de todo bien, es fuente de felicidad plena y duradera.

En resumen, la hermosa afirmación de Domingo Savio adquiere su significado pleno solo cuando lo ubicamos en un contexto más amplio: el de todo el diálogo en el que se pronunció, el representado por el camino espiritual personal del joven santo, el de la propuesta articulada formativa hecha por don Bosco a los jóvenes y al ferviente ambiente educativo del Oratorio de aquellos años.

Aunque inspirada en varias tradiciones espirituales cristianas, especialmente en San Francisco de Sales y en San Alfonso de Liguorio, la santidad enseñada por Don Bosco tiene una connotación inconfundible y es el resultado de un proceso espiritual caracterizado por pasos progresivos, en creciente tensión hacia la plenitud de la caridad y marcada por algunos momentos decisivos y característicos nudos dinámicos: la decisión bautismal; la mortificación de sí; el vivir en la presencia de Dios

## **1. "Darse a Dios" desde ahora, con totalidad.**

Ya en la primera edición del Joven cristiano (1847) notamos el esfuerzo de Don Bosco por enseñar a los niños del Oratorio a ser verdaderamente felices, a realizar todo su potencial, solo si nos entregamos a Dios, es decir, nos convertimos a Él con todo su ser y "desde ahora", sin posponer la conversión a la vejez, porque "si comenzamos una buena vida ahora que somos jóvenes, seremos buenos en los años venideros, será buena nuestra muerte y el comienzo de una felicidad eterna" (GP 6-7). "Animo, pues, queridos, dedicaos a la virtud a su debido tiempo, y os aseguro que siempre tendréis un corazón alegre y feliz, y conoceréis cuán dulce es servir al Señor" (GP 13).

"*Darse a la virtud*" (es decir a una vida buena y santa) y "*servir al Señor*" son ante todo el fruto de una toma de conciencia, de una iluminación interior y de la consiguiente decisión de librarse de la apatía, la mediocridad o el hábito de pecar, cambiar la vida y comportarse como auténticos cristianos, como verdaderos discípulos de Cristo. Don Bosco puso en marcha todos sus recursos para dar nacimiento a este deseo y determinación en los corazones y las mentes de los jóvenes. De hecho, sin esa decisión, sin una transición tan radical del hombre viejo al hombre nuevo, no hay vida cristiana ni se puede avanzar en el camino de la perfección evangélica. Don Bosco sintió que esta era la sustancia de su misión, una misión recibida desde una edad temprana, como leemos en la narración del sueño de los nueve años: "Ponte Inmediatamente a

instruirles sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud", " "con la mansedumbre y la caridad "(MO 62).

Este objetivo lo guió a lo largo de su vida y él trató apasionadamente de realizarlo:

(1) *iluminando la inteligencia de los jóvenes* a través de la educación, el razonamiento, la explicación de la Palabra de Dios y la lectura espiritual;

(2) conquistando sus corazones con una acogida afectuosa y cordial, la verdadera amistad y el afecto demostrado, con un amor desinteresado, operativo y una entrega educativa;

(3) atraerlos con el encanto de su apasionante personalidad, su exitosa humanidad, el luminoso ejemplo de su vida, unificado y fortalecido por la caridad;

(4) insertándolos en ambientes educativos positivos, fervorosos y agradables, en comunidades juveniles acogedoras, serenas y estimulantes, adaptadas a las necesidades y expectativas concretas de los jóvenes;

(5) haciendo que experimenten concretamente, a través del sacramento de la confesión, la alegría y la belleza de la vida de gracia;

(6) Apoyándolos paso a paso con asistencia atenta, comunitaria y personalizada, con un acompañamiento educativo y espiritual efectivo, en el camino de la purificación del corazón y la mente, de la construcción de las virtudes, del gusto por la oración y de la unión con Dios, de la comunión transfiguradora con el Cristo eucarístico, de la afectividad y de la ofrenda en las relaciones y en la actividad humana.

De este modo, verdaderamente experimentaron y comprendieron la belleza y la alegría de ser cristianos, la "belleza de la virtud", de un estilo de vida santa, en oposición a la "fealdad" de una experiencia mediocre, mezquina y pecaminosa.

Lo que Don Bosco estaba tratando de iniciar era, por lo tanto, un proceso dirigido a la plena realización de su vocación personal, en el plano humano y en el plano interno, que al mismo tiempo logró disolver las resistencias y los bloqueos internos, a liberar las energías espirituales y morales, a dar un equilibrio sólido y favorecer la plena expansión de todo su potencial.

Don Bosco ayudó así a los jóvenes a entrar de manera decisiva en un *camino bautismal* que les permitió hacer, con firme voluntad y generoso impulso sus propias promesas de bautismo, haciéndolos tan efectivos en la vida diaria: la renuncia de Satanás, a todas sus obras, a las seducciones del pecado, a las atracciones del mal, y a la fe en Dios, Creador y Padre, en Jesús Redentor, maestro y modelo, en el Espíritu santificador. De esta manera, les dio el significado concreto del primer mandamiento: "Yo soy el Señor, tu Dios, y no tendrás otro Dios fuera de mí"; "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón,

con toda tu alma, con toda tu mente" (Mt 22,37). Él los ayudaba a asegurarse de que Dios fuera realmente el centro unificador de todo su ser en el seguimiento de Cristo.

La vida de Miguel Magone muestra toda la efectividad de esta pedagogía cristiana: el simpático encuentro con Don Bosco, que lo recibe con amor y le ofrece la oportunidad de salir de una situación de pobreza y peligro; lo inserta en un ambiente positivo, estimulante y vivaz; le ayuda con respecto a desatar los nudos de una conciencia "enredada"; le muestra la forma más fácil y efectiva de tomar su vida en sus propias manos y ponerla en orden. Todo esto progresivamente y con suavidad. Así, Miguel se abre a la conversión; nace en él, la determinación de "romper con el demonio" (Vidas, 122) y de "entregarse" a Dios; llega a saborear la alegre experiencia de la vida de gracia, que poco a poco, a través de una laboriosa correspondencia, madurará y transfigurará su personalidad. La conversión de Miguel Magone marca el comienzo de una existencia radicalmente nueva y santa, animada por un impulso generoso e impresionante.

En la vida de Domingo Savio, la determinación bautismal está ampliamente documentada. Las resoluciones de la primera comunión, que culminan en la decisión radical: "Muerte pero no el pecado" (Vidas, 46), se reanudan y confirman el 8 de diciembre de 1854: "María te doy mi corazón; que sea tuyo para siempre. ¡Jesús y María sed siempre mis amigos! Pero por piedad, dejadme morir antes de sufrir la desgracia de cometer un solo pecado" (Vidas, 57) - estas resoluciones se convierten en la sustancia de su oración - " Sí, Dios mío, ya te lo he dicho y te lo repito, te quiero y quiero amarte hasta la muerte. Si ves que he de ofenderte, mándame la muerte: sí, antes la muerte, mas no el pecado" (Vite, 90) - y serán reconfirmados en su lecho de muerte: " Lo repito y lo digo mil veces: morir, mas no pecar. " (Vidas, 98).

Es el mismo movimiento de totalidad que ha caracterizado el recorrido espiritual del propio Don Bosco, como podemos ver en el relato de las *Memorias del Oratorio*: cuando describe su primera comunión y las recomendaciones de la madre: "Estoy convencida de que Dios realmente ha tomado posesión de tu corazón. Ahora prométele hacer cuanto puedas para mantenerte bueno hasta el final de la vida..." (MO 69) -; cuando revela la fecundidad interna de su confianza en la guía espiritual de don Calosso: "Desde ese momento comencé a probar lo que es la vida espiritual..." (MO 71) -; cuando, sobre todo, relata la entrega radical de sí mismo a Dios en el momento de la vestición clerical:

El día de San Miguel (octubre de 1834) me acerqué a los santos sacramentos, luego el teólogo Cinzano preboste y vicario foráneo del país, me bendijo el hábito y me vestí de clérigo antes de la misa solemne. Cuando me ordenó que me quitara la ropa seglar con esas palabras: "Exuat te Dominus veterem hominem suis", dije en mi corazón: "¡Cuántas cosas viejas hay que quitar! Dios mío, destruye todos mis malos hábitos en mí. Luego, cuando me entregó el cuello, agregó: "*Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis!*" me sentí conmovido y me dije: "Sí, oh Dios mío, déjame en este momento vestir a un hombre nuevo, es decir, desde

*este momento comienzo una nueva vida, todo de acuerdo con la voluntad divina y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, mis palabras y mis obras. Que así sea. Oh María, sé mi salvación*" (MO 101).

El despojamiento del hábito secular para vestir al religioso, el contraste entre un hombre viejo y un hombre nuevo, acompañado por la decisión de comenzar "una vida nueva, todo de acuerdo con las voluntad divina", es decir, para el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios y constantemente orientada hacia la justicia y la santidad, son referencias muy efectivas al cambio postulado por el bautismo y el seguimiento de Cristo. Fue una ruptura drástica con el estilo de vida anterior (que, como nos dice Don Bosco, no era malo, sino "disipado, jactancioso"), acentuado por la historia de disgusto durante el banquete al que el párroco lo invitó después de la vestición: "Esas personas, ¿qué sociedad podría formar alguna vez con alguien que en la mañana del mismo día había vestido el hábito de la santidad para entregarse del todo al Señor?" (MO 102).

La decisión de conversión, por sincera y total que fuera, no es suficiente por sí sola. Debemos avanzar hacia la *reforma moral* concreta de nuestra existencia y hacia un cambio de mentalidad. En las *Memorias*, Don Bosco es claro:

Después de ese día tuve que ocuparme de mí mismo. La vida llevada hasta entonces tuvo que ser radicalmente reformada. En los años anteriores no había sido un criminal, sino que me había disipado, presumido, ocupado en juegos, saltos, juguetes y otras cosas similares que animaban momentáneamente, pero que no satisfacían al corazón. Para hacerme un nivel de vida estable que no debía olvidar, escribí las siguientes resoluciones [...] (MO 102).

En este punto se enumeran siete compromisos o propuestas relacionadas con aquellas actitudes que Don Bosco consideró irrenunciables para una efectiva totalidad de la consagración: (1) fuga de las oportunidades de dispersión, disipación y vanagloria; (2) "retiro" practicado y amado (entendido como recuerdo, espíritu interior, vida modesta, aislada y laboriosa); (3) templanza y sobriedad; (4) compromiso para adquirir una cultura religiosa, en oposición a la mundana como una manera de "servir" al Señor; (5) salvaguardar la virtud de la castidad "con toda fuerza"; (6) espíritu de oración; (7) ejercicio diario de comunicación pastoral para la edificación del prójimo (MO 102-103).

La conclusión del relato recuerda la Promesa de imprimir en el alma el propósito de servir a Dios que Francisco de Sales coloca en la parte superior del camino de purificación para sellar la opción de servir solo a Dios: "Para que [esas deliberaciones] debieran permanecer bien impresas, escribe Don Bosco - avancé hacia una imagen de la Santísima Virgen, las leí y, después de una oración, hice una *promesa formal* a esa Celestial Benefactora de observarlas a costa de cualquier sacrificio"

(MO 103). De hecho, el santo saboyano configuró la conversión a la "vida devota", a una experiencia cristiana radical, como una asunción personal y renovación "de la promesa

de fidelidad hecha en mi nombre a Dios, con motivo del bautismo" (Filotea, parte I, capítulo XX).

## **2. Es fácil hacerse santos.**

En la antropología teológica de Don Bosco, el hombre es creado por Dios para la santidad y la comunión amorosa con él, una comunión que encontrará su plenitud en la eternidad, pero que ya es posible en esta vida. Estaba convencido de que cada persona, incluso el niño más pobre y menos dotado, está llamada a la santidad y puede convertirse de manera realista en un santo. En la introducción de uno de los primeros volúmenes de las "Lecturas católicas", *Vida de Santa Zita sierva y de San Isidro Labrador* (1853), Don Bosco escribe:

O todos vosotros, que trabajáis, que estáis agobiados por penas y dolores, si queréis encontrar una fuente insaciable de consuelos, si queréis volveros afortunados, ¡sed Santos! ¡Convertirse en un santo! diréis, ¿quién puede aspirar a ello? Deberíamos tener tiempo para entretenernos constantemente en las oraciones y en la iglesia: deberíamos ser ricos para poder hacer grandes limosinas: deberíamos ser letrados para entender, estudiar y razonar. Gran error, queridos amigos, esta es una ilusión peligrosa. Para hacernos santos, no es necesario ser dueños de nuestro tiempo, ni ser ricos o literatos. [...]

¿Cuántas cosas necesitamos para hacernos santos? Sólo una cosa: hay que quererlo. Sí, mientras lo quieras, puedes ser santo: no hace falta nada más, sino la voluntad. Los ejemplos de los santos, cuya vida vamos a poner ante vuestros ojos, son de personas que han vivido en condiciones precarias y entre las tribulaciones de una vida activa. Trabajadores, granjeros, artesanos, comerciantes, sirvientes, y jóvenes, se han santificado a sí mismos, cada uno en su propio estado. ¿Y cómo se han santificado? Haciendo bien, todo lo que tenían que hacer. Cumplieron todos sus deberes para con Dios, todos sufrieron por su amor, ofreciéndole sus sufrimientos, sus tribulaciones: esta es la gran ciencia de la salud eterna y la santidad (Santa Zita, 6-7).

Don Bosco proclama que todos pueden y deben hacerse santos, basta con quererlo; en cada estado de la vida esto es posible: basta con "hacer todo bien", vivir como buenos cristianos en la caridad, llevar a cabo las enseñanzas evangélicas en la vida diaria, sostener y sufrir todo por el amor de Dios y ofrecérselo todo.

Esta afirmación de la llamada universal a la santidad y de la facilidad para realizarla impresionaron profundamente a Domingo Savio:

Habían transcurrido seis meses desde que Savio habitaba en el Oratorio cuando hubo una conferencia sobre la manera fácil de hacerse santo. El predicador se detuvo especialmente en desarrollar tres pensamientos que causaron una profunda impresión en el alma de Domingo, es decir: es voluntad de Dios que todos seamos santos; es muy

fácil tener éxito; hay una gran recompensa preparada en el cielo para aquellos que llegan a ser santos. Ese sermón para Domingo fue como una chispa que inflamó todo su corazón en amor de Dios (Vidas, 61).

Las condiciones interiores particulares en las que se encuentra Domingo, quien unos meses antes había renovado su entrega al Señor, explican el profundo efecto que despertó esa predicación. No fue solo la reacción entusiasta a un hermoso discurso, sino que, como Don Bosco sugiere claramente, de una experiencia mística: "Ese sermón para Domingo fue como una chispa que inflamó todo el corazón en el amor de Dios." El diálogo que sigue nos lo confirma y las anécdotas que se aportan en el resto del capítulo muestran que no fue un entusiasmo pasajero o un voluntarismo motivado por los convincentes argumentos del predicador. Fue una irrupción del Espíritu en el alma de Domingo, un *incendium amoris* (para usar el hermoso título de *De triplici via* de San Buenaventura), un desbordamiento incontrolable de la caridad divina en un corazón purificado incondicionalmente disponible para las "obras de la gracia divina". Por lo tanto, Domingo no solo sentía "deseo" y "quería", sino que tenía "absolutamente necesidad" de convertirse en santo, no podía resistir esta poderosa atracción de la gracia. Ciertamente, fue la suya una experiencia única, pero es interesante observar cómo Don Bosco dirigió este deseo incontrolable que el niño no sabía manejar. A la pregunta "Dígame, por lo tanto, cómo debo regularme para comenzar tal empresa", respondió el santo educador, refiriéndolo a la vida cotidiana:

Elogié el propósito, pero le exhorté a no preocuparse, porque la voz del Señor no se conoce en las emociones del alma; que, de hecho, quería ante todo una alegría constante y moderada: y aconsejándole que perseverara en el cumplimiento de sus deberes de piedad y estudio, le recomendé que siempre participara en la recreación con sus compañeros (Vidas, 62).

Es decir, incluso en esta situación espiritual tan especial y privilegiada, Don Bosco reitera lo que solía sugerir a todos: la santidad no es algo extraordinario y difícil; se construye en la vida diaria, viviendo como buenos cristianos, en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes de su estado, que, en el caso de Domingo, eran típicos de un joven estudiante del Oratorio: estudio, oración, obediencia, bondad para con todos, pureza, fraternidad y alegría entre los compañeros, espíritu de caridad y servicio. El mismo programa se presenta en la biografía de Miguel Magone y Francisco Besucco, en la que se resume una fórmula feliz: "Alegría, Estudio, Piedad. Este es el gran programa, que al practicar, puedes vivir feliz y hacer a tu alma mucho bien" (Vidas, 195).

### **3. Mortificación de los sentidos y ascetismo apostólico.**

A pesar de las apariencias, la propuesta de santidad "fácil" no es una reducción de la calidad para Don Bosco. De hecho:

- (1) supone, como punto de partida, la conversión del corazón y la totalidad del "entregarse a Dios";
- (2) se caracteriza por una actitud voluntariosa y combativa;
- (3) requiere un autocontrol constante, a través del examen diario de conciencia y la práctica regular y frecuente del sacramento de la penitencia;
- (4) implica confiarse al "fiel amigo del alma", el confesor-director espiritual.

Don Bosco propuso a los jóvenes el ascetismo como un camino a la santidad, en una perspectiva adaptada a su condición, corrigiendo las posibles desviaciones de una espiritualidad incomprendida y devolviéndolos continuamente a la concreción de la vida cotidiana, que no solo debe aceptarse sino también abrazarse con alegría, según el estado de vida. Reanudó y aplicó la sensibilidad humanística y la enseñanza de San Francisco de Sales a la condición de los jóvenes. Por lo tanto, presentó una especie de mortificación "positiva", de la cual se eliminó la intemperancia y la rigidez innecesaria, mientras seguía siendo exigente, ya que todo estaba centrado en las situaciones de la vida, en los deberes del estado.

Consideraba una amplia gama de deberes, todos aquellos relacionados con su condición: "deberes de piedad, respeto y obediencia a los padres y caridad hacia todos" (Vidas, 208). Como resultado, sugería a los jóvenes estudiantes no ayunar y la rigidez de su propia elección, sino "diligencia en el estudio, atención en la escuela, obedecer a los superiores, soportar los inconvenientes de la vida como calor, frío, viento, hambre, sed.", Superando sus exigencias como "necesidades "externas de fuerza mayor y dándoles la bienvenida con serenidad" por el amor de Dios "(Vidas, 207). En el mismo nivel colocó los deberes que se derivan del precepto evangélico de la caridad: usar "mucho bondad y caridad" hacia los demás, aguantar sus faltas, "dar buenos avisos y consejos"; "Hacer recados para los compañeros, traerles agua, limpiarles sus zapatos, servir también en la mesa, [...] barrer en el refectorio, en el dormitorio, llevar la basura, traer bultos, troncos". Todas estas cosas, según Don Bosco, han de hacerse "con alegría" y con "satisfacción". De hecho, "la verdadera penitencia no consiste en hacer lo que nos agrada, sino en hacer lo que complace al Señor y que sirve para promover su gloria" (Vidas, 207-208). Por lo tanto, el valor espiritual de estas situaciones existenciales está garantizado por la intención con la que se aborda y por el propósito que se les asigna: "Lo que debes sufrir por necesidad, recuerda a Domingo Savio, se lo ofreces a Dios y se convierte en virtud y mérito para tu alma "(vidas, 75).

Don Bosco está de acuerdo con Santa Teresa de Lisieux en presentar la perfección como una forma de vivir la caridad, pero concretarla en el servicio a los demás, sin intereses



egoístas, viviendo amigablemente, serena y fiel a sus compromisos, incluso entre la contradicción y el sufrimiento. La mortificación propuesta, pues, por Don Bosco, es ante todo un *instrumento ascético* dirigido al dominio de los impulsos instintivos, el control de los sentidos, la corrección de defectos y la construcción de las virtudes. Pero también tiene una connotación mística, de hecho, crece en proporción al grado de caridad interior: "Cuando el amor de Dios toma posesión de un corazón, nada en el mundo, ningún sufrimiento lo aflige, incluso todo castigo de la vida es reconfortante. De los tiernos corazones nace el pensamiento noble que sufre por un gran objeto, y que a los sufrimientos de la vida está reservada una recompensa gloriosa en la feliz eternidad" (Vidas, 206-207).

La perspectiva amorosa en la que Don Bosco propone la ascesis de los deberes está arraigada en ese "entregarse totalmente a Dios", del cual hemos hablado, como una forma sustancial (bautismal) de la vida cristiana, con decisión e impulso. De este movimiento interno fluye necesariamente un amor alegre y ardiente, un fervor operativo intenso y sereno. Esta determinación absoluta de don, que hace que el cristiano entre en ese estado de plena obediencia a su Padre propuesta por Cristo, en la condición de un siervo libremente asumido por amor, ilumina el sentido y el valor de las acciones diarias con una nueva luz.

Ejemplar en este sentido es la experiencia de Miguel Magone: si antes abandonaba con dificultad la amada recreación para cumplir con sus deberes, sentidos como una carga (Vidas, 119), luego se le verá "correr el primero a aquellos lugares donde el deber lo llama", con el deseo de regularse "constantemente bien [...] con aplicación y diligencia".

Domingo Savio, fuertemente conmovido por la experiencia interior irreprimible desatada por el sermón sobre la santidad y presionado interiormente por la "necesidad" de ser todo del Señor, se sintió llevado a "hacer penitencias rígidas, pasar largas horas en oración". Don Bosco, en cambio, lo instó a mantener "una alegría constante y moderada", "a ser perseverante en sus deberes de piedad y estudio", "a participar siempre en la recreación con sus compañeros" (Vidas, 62-63). Al mismo tiempo, lo dirigió a la acción apostólica: "Lo primero que se le aconsejó para ser santo fue trabajar para ganar almas para Dios" (Vidas, 63).

Al igual que otros santos del siglo XIX, convencidos de que la acción de la gracia conduce a una vida fructífera de virtudes morales, de actividades santas y de obras de caridad, Don Bosco prefirió el compromiso volitivo en el bien, la actividad virtuosa y alegre, la relación amistosa y útil y, sobre todo, la caridad apostólica: "solicitud por el bien de las almas" y celo por "instruir a los niños en las verdades de la fe", para "ganarle a Dios" toda la humanidad.

Sin embargo, esta tendencia ascética-operativa, esta predilección por el fervor pastoral y misionero en Don Bosco no se opuso en absoluto a la comunión interior con Dios; no

descuidó la oración de unión, sino que se inclinó dócilmente a las atracciones del Espíritu Santo y en este clima de oración formó a sus discípulos.

#### **4. Vivir en la presencia de Dios.**

Aquí se inserta el tema de la oración, entendido por Don Bosco como *una relación amorosa, comunión de pensamientos, afectos y sentimientos con Dios*. Afirmó: "Orar significa elevar el corazón a Dios y entretenerse con él a través de santos pensamientos y devotos sentimientos." (El católico, 87). Por lo tanto, la oración que él promovió tenía como primer objetivo la elevación del espíritu y la invocación de la gracia para resistir a las tentaciones, separar el corazón del pecado, crecer en la virtud. En esta pista, desarrolló un método de oración que valoraba las prácticas comunes de piedad como una forma eficaz de alcanzar el "espíritu de oración" (como él lo llamó). Las oraciones matutinas y vespertinas, las frecuentes invocaciones o jaculatorias durante el día, las lecturas espirituales, las "visitas" diarias a la capilla, los triduos y las novenas, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales: fueron todos ejercicios destinados a establecer y aumentar una conversación interna constante y un vínculo afectivo, para alimentar un sentido de adoración de la presencia de Dios para entrar en un "estado" de comunión permanente.

Aquí, también, nuestro Fundador insiste en la facilidad y la simplicidad, invitando a constelar el día con breves momentos de oración, desde el levantarse de la mañana hasta el final del día, para asegurar que cada acción, "diligentemente" realizada, fuera "dirigida" y ofrecida al Señor (GP 68-70, 82). Recorriendo las páginas del *Joven Cristiano*, las vidas de sus jóvenes, pero también los reglamentos de los salesianos, de las hijas de María Auxiliadora y de los Cooperadores, no encontramos nada complicado y pesado, solo prácticas sobrias y agradables, pero subrayadas con fervor, desde la encomienda, desde la ofrenda amorosa de uno mismo: "Cosas fáciles, que no asustan y ni siquiera cansan a los fieles cristianos, máximas para la juventud. [...] Mantengamos en las cosas fáciles, pero que se realicen con perseverancia" (Vidas, 136).

Tomó en cuenta la sensibilidad juvenil y popular y las personas, por lo que confió en el afecto, en la amistad de Cristo, en la ternura materna de María. Estaba convencido de que correspondía al educador cristiano trabajar para "hacer que los jóvenes tomen gusto a la oración" (Vidas, 204). Por esta razón, los ejercitó al pensamiento de la "presencia de Dios", el Padre más amoroso, instándolos a elevar de vez en cuando su corazón y su mente al Creador, animándolos a "conversar de manera familiar" con Él, en cualquier lugar, siguiendo el ejemplo de Domingo Savio, quien, "incluso en medio de la conmoción más resonante, recogía sus pensamientos y con afectos piadosos elevaba su corazón a Dios" (Vidas, 69). También educó las actitudes externas (la señal de la cruz, la genuflexión, la compostura del cuerpo durante la oración), quiso una pronunciación clara y tranquila de las palabras, le dio gran importancia a la música y al canto sagrado,

cuidaba la belleza de los ambientes dedicados a la oración y la armonía y solemnidad de las liturgias.

A través de estos sencillos medios, Don Bosco se propuso, para sí mismo y para los demás, lograr un estado interior de amor permanente, capaz de impregnar pensamientos, unificar afectos y orientar las acciones. El "estado de oración", en su forma de ver, no es solo un "grado" de oración, porque siempre está acompañado por una tensión a la perfección moral: desapego, esfuerzo por vencerse y control de uno mismo, paciencia, vigilancia, fidelidad y constancia en la bondad, benevolencia. Es un estado de ánimo recogido, en un estilo de vida modesto, concentrado en lo esencial, laborioso y caritativo, abierto a la acción interior de la gracia que preserva de la dispersión de los pensamientos y la banalidad de las modas, sin restar valor a la alegre vivacidad de la existencia. Esto crea una elevada dimensión interior, la única verdaderamente capaz de transformar el patio, la escuela, el taller o la oficina en lugares privilegiados salesianos de encuentro con el Señor.

De esta manera, el santo educador significó radicalmente el antiguo precepto de la *fuga mundi* en un contexto de modernidad. Gracias al espíritu de oración, la distancia del mundo y la inmersión en el mundo se componen y armonizan en la ofrenda de uno mismo, en una asunción responsable de lo vivido en estilo cristiano. Oración, fervor apostólico y mortificación son rostros de una sola actitud de consagración del corazón. Gran propuesta, hecha por Don Bosco a los discípulos y discípulas en la vida consagrada, a los Cooperadores adultos, pero también a los muchachos más simples, a los que exhortaba: "Ánimo, pues, comencemos desde ahora a trabajar para el Señor, debemos sufrir algo en este mundo, pero será eterno el premio que tendremos en el otro "(GP 73).

Además, su dirección espiritual le dio gran importancia a la práctica sacramental: "Creed, hijos míos, que los dos apoyos más fuertes para sostenerte y recorrer el camino del cielo son los sacramentos de la confesión y la comunión" (Reglamento, 36). Don Bosco valoró los sacramentos desde una perspectiva pedagógica y espiritual. La insistencia en la frecuencia sacramental fue motivada por la conciencia de la fragilidad humana y la necesidad de apoyar la voluntad para estabilizarla en el bien y en la virtud; pero también por la convicción de la poderosa acción transformadora del Espíritu Santo que, al actuar en el Sacramento, opera la purificación radical y crea las condiciones favorables para que el Señor "tome posesión del corazón" y lo moldee en la caridad. Aquí encontramos la razón de su insistencia en la elección de un confesor estable, un amigo del alma, en quien uno pueda confiar para ser guiado en los caminos del Espíritu. En la relación confidencial, de hecho, el confesor personaliza el programa espiritual: enseña el arte del examen de conciencia, forma a la contrición perfecta, estimula el propósito eficaz, guía por los caminos de purificaciones y ejercicios virtuosos, introduce el gusto de la meditación y la práctica de la presencia de Dios, enseña los modos de una

fructífera comunión con el Cristo eucarístico. Confesión y comunión frecuentes están íntimamente ligadas en la pedagogía espiritual de Don Bosco. Con la confesión asidua y regular, se promueve la vida "en gracia de Dios" y se nutre la tensión virtuosa, que permite un acercamiento cada vez más "digno" a la comunión; al mismo tiempo, a través de la comunión eucarística, la persona se polariza en Cristo para que la gracia encuentre espacio para trabajar en profundidad, transformar y santificar.

Esta preocupación explica el clima afectivo en el que Don Bosco propuso la devoción eucarística. Por ejemplo, durante el ofertorio de la misa, invitaba a los jóvenes a corresponder el amor abnegado de Cristo crucificado con el don de sí mismo: "Te ofrezco mi corazón, mi lengua, para que en el futuro nada desee ni hable de otra cosa si no de lo que concierne a tu santo servicio" (GP 88). Así también en la acción de gracias a la comunión:

¡Ah, que pudiese tener el corazón de los serafines del cielo, para que mi alma pueda siempre arder de amor por mi Dios! [...] Protesto que en el futuro siempre serás mi esperanza, mi consuelo, solo tú mi riqueza. [...] te ofrezco todo de mí mismo; te ofrezco esta voluntad, para que no desee otras cosas sino aquellas que te agradan; te ofrezco mis manos, mis pies, mis ojos, mi lengua, mi boca, mi mente, mi corazón, te lo ofrezco todo, guardad todos estos sentimientos, para que cada pensamiento, cada acción no tenga otro objetivo si no aquellas cosas que son para tu mayor gloria y de ventaja espiritual de mi alma (GP 101-102).

Son textos inspirados en la literatura devocional de la época, pero si nos conectamos con los esfuerzos formativos realizados por Don Bosco, en particular con el modelo específico de santidad promovido por él, adquieren un valor único, porque revelan los mecanismos internos desencadenados por el santo educador para la implicación interior de sus jóvenes en orden a la relación con Dios y la perfección cristiana.

Incluso la piedad mariana en él adquiere una clara función pedagógica, al tiempo que mantiene las características típicas de la devoción del siglo XIX. Podemos ver esto en el perfil biográfico de Miguel Magone, donde la devoción a María Santísima culmina, como dice el P. Caviglia, en una "pedagogía de la adolescencia, que es por lo tanto y sobre todo la pedagogía de la castidad" (Caviglia, 162).

Pero no es solo esto. De hecho, Don Bosco relata que Miguel, al meditar un versículo bíblico impreso en una imagen de María - *Venite, filii, audite, timorem Domini docebo vos* - se sintió obligado a escribir una carta al director "en la que dijo cómo la Santísima Virgen había hecho oír su voz, lo llamó a ser bueno y ella misma quería enseñarle a temer a Dios, a amarlo y servirlo" (Vidas, 133). Es decir: una correcta pedagogía mariana es capaz de hacer percibir el atractivo interior del Espíritu incluso a un niño distraído y disipado, inducirlo a una actividad espiritual más intensa y encender en él un deseo de alta perfección. En la vida de Domingo Savio, la tensión espiritual alcanza la cumbre con

el acto formal y solemne del 8 de diciembre de 1854, cuando el niño renueva las promesas de la primera comunión y repite: "María, te doy mi corazón; ¡haz que sea siempre tuyo! ¡Jesús y María, sed siempre mis amigos! Pero por piedad, dejadme morir, antes que me suceda la desgracia de cometer un solo pecado" Habiendo tomado a María por el apoyo de su devoción, comentó Don Bosco, la moral de su conducta parecía tan edificante y unida a tales actos de virtud, que comencé a anotarlos desde entonces para no olvidarlos" (Vidas, 57). Estas expresiones nos revelan el significado dinámico de la devoción mariana enseñada por Don Bosco: una devoción no separada de lo cotidiano, sino compenetrada con ella, capaz de administrar energías morales y espirituales para la práctica del bien, en una perspectiva de plenitud humana y espiritual. De la santidad, en efecto, que impregna la vida interior y la vida operativa.

## Conclusión

Me he centrado en los núcleos dinámicos de la propuesta de vida y santidad cristiana presentados por Don Bosco a los jóvenes. Sin embargo, es importante notar que los mismos dinamismos caracterizan las enseñanzas espirituales de nuestro Fundador cuando se dirige a los consagrados y consagradas, y a los laicos Cooperadores, resaltando siempre el radicalismo cristiano y la tensión apostólica.

Por ejemplo, el formulario de la profesión religiosa, insertada en la edición italiana de las primeras constituciones salesianas (1875), se presenta mediante una declaración que ilustra claramente la totalidad bautismal de la consagración salesiana tal como Don Bosco la entendía:

Al profesar las constituciones salesianas, pretendo prometer a Dios *aspirar a la santificación del alma* renunciando a los placeres y las vanidades del mundo, a escapar de cualquier pecado percibido y a vivir en perfecta castidad, humilde obediencia y pobreza de espíritu. También sé que al profesar estas constituciones debo renunciar a todas las comodidades y todas las comodidades de la vida, y esto solo por amor a Nuestro Señor Jesucristo, a quien pretendo consagrar cada una de mis palabras, cada obra mía, cada pensamiento de mi vida (Reglas, 44-45).

Don Bosco escribió en la primera carta circular a los salesianos (9 de junio de 1867):

"Todos tienen que ingresar en la Sociedad guiados sólo por el deseo de servir a Dios con mayor perfección y de hacer el bien a sí mismo, se entiende el verdadero bien espiritual y eterno. [...] Nos basamos en las palabras del Salvador que dice: *Quien quiera ser mi discípulo, venda lo que tiene en el mundo, déselo a los pobres y sígame*. ¿Pero a dónde ir, a dónde seguirlo, si no tenía un palmo donde reposar su cansada cabeza? Quien quiera convertirse en mi discípulo, dice el Salvador, sígame con la oración, con la penitencia y, sobre todo, niéguese a sí mismo, tome la cruz de las tribulaciones diarias y sígame [...]. Pero ¿hasta cuándo puedes seguirlo? Hasta la muerte y si se tratara de

oficios, incluso a una muerte de cruz. Esto es lo que en nuestra Sociedad hace que uno que gasta su fuerza en el ministerio sagrado, en la enseñanza u otro ejercicio sacerdotal, hasta una muerte violenta de prisión, exilio, hierro, agua, fuego; mientras después de haber sufrido o muerto con Jesucristo en la tierra, pueda ir y disfrutar con él en el cielo "(Fuentes salesianas 1, 822).

Incluso cuando se dirige a los laicos, Don Bosco presenta la perfección cristiana como una conformación radical con Cristo. Nadie, de hecho, escribió en 1856, "puede presumir de pertenecer a Jesucristo si no trata de imitarlo". Por lo tanto, en su vida y en sus acciones debe reflejar "la vida y las acciones de Jesucristo mismo": "debe orar, como oró a Jesús"; como Él debe ser "accesible [...] a los pobres, a los ignorantes, a los niños", haciéndose todo para todos.

"Debe tratar con su prójimo, como trataba Jesucristo"; "Debe ser humilde" como él y considerarse a sí mismo "como el menor de los demás y como un servidor de todos". "El cristiano debe obedecer como Jesucristo obedeció, quien se sometió a María y a San José, y obedeció a su Padre celestial hasta la muerte y una muerte en cruz". "El verdadero cristiano al comer y beber debe ser como Jesucristo en las bodas de Caná en Galilea y Betania, es decir, sobrio, moderado, atento a las necesidades de los demás".

"Un buen cristiano debe estar con sus amigos como lo estuvo Jesucristo con San Juan y San Lázaro. Él debe amarlos en el Señor y por el amor de Dios; confiarles cordialmente los secretos de su corazón; y si caen en el mal, él pone en práctica toda su solicitud para hacer que regresen al estado de gracia.

El verdadero cristiano debe sufrir con resignación las privaciones y la pobreza, como sufrió Jesucristo, que ni siquiera tenía un lugar para apoyar su cabeza. Él sabe cómo tolerar las contradicciones y las calumnias, como Jesús toleró a los escribas y fariseos, dejando a Dios el cuidado de justificarlo. Él sabe cómo tolerar los insultos y ultrajes, como lo hizo Jesucristo cuando le dieron una bofetada, le escupieron en la cara y le insultaron de mil maneras en el pretorio.

El verdadero cristiano debe estar preparado para tolerar los dolores del espíritu, ya que Jesucristo fue traicionado por uno de sus discípulos, negado por otro y abandonado por todos.

El buen cristiano debe estar dispuesto a aceptar con paciencia cada persecución, cada enfermedad e incluso la muerte, como lo hizo Jesucristo, quien con su cabeza coronada de espinas punzantes, con un cuerpo lacerado para las palizas, con los pies y las manos atravesadas por clavos, descansó su alma en paz en las manos de su Padre.

De tal manera que el verdadero cristiano debe decir con el apóstol San Pablo: No soy yo quien vive, sino Jesucristo quien vive en mí (Llave del paraíso, 20-23).

Santidad fácil, por lo tanto, santidad vivida en la vida cotidiana, con amor y una sonrisa en los labios. Pero sin duda una santidad exigente y fructífera.

## **Bibliografía**

El católico = GIOVANNI BOSCO, El joven cristiano proporcionó las prácticas de piedad con instrucciones similares según las necesidades de los tiempos, Turín, Tip. del Oratorio de S. Franc. de Sales, 1868.

Caviglia = ALBERTO CAVIGLIA, «Magone Miguel»: una experiencia educativa clásica, en obras y escritos publicados y no publicados por Don Bosco, nuevamente publicados y revisados de acuerdo con las ediciones originales y manuscritos sobrevivientes, por la Pía Sociedad Salesiana, vol. 5, Turín, S. E. I. 1965, 129-247.

Llave del paraíso = JUAN BOSCO, La llave del paraíso en manos del católico que practica los deberes de un buen cristiano, Turín, Tip. Paravia y Comp., 1856.

Filotea = FRANCISCO DE SALES, Filotea. Introducción a la vida devota. Introducción de Valentín Viguera; traducción y notas de Ruggero Balboni, Roma, Città Nuova, 2009.

Fuentes salesianas 1 = INSTITUTO HISTÓRICO SALESIANO, Fuentes salesianas 1. Don Bosco y su obra, Roma, LAS, 2014.

GP = JUAN BOSCO, El joven cristiano en la práctica de sus deberes..., Turín, Tipografía Paravia y Comp., 1847.

MO = JUAN BOSCO, Memorias del Oratorio de S. Francesco di Sales de 1815 a 1855. Ensayo introductorio y notas históricas de Aldo Giraudo, Roma, LAS, 2011.

Reglamento = JUAN BOSCO, Reglamento del Oratorio de San Francisco de Sales para los externos. Turín, tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales, 1877.

Reglas = JUAN BOSCO, Reglas o constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales de acuerdo con el Decreto de aprobación del 3 de abril de 1874, Turín, Tipografía Salesiana, 1875.

Santa Zita = Vida de Santa Zita sierva y de san Isidro Labrador, Turín, Tipografía P. De-Agostini, 1853.

Vidas = JUAN BOSCO, Vidas de los jóvenes. Las biografías de Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco. Ensayo introductorio y notas históricas de Aldo Giraudo, Roma, LAS, 2012.